

DE LAS ENFERMEDADES MENTALES EN GENERAL Y SU DESARROLLO EPIDÉMICO EN PARTICULAR

Obra de S. Krupov, doctor en Medicina y Cirugía

Hace ya muchos años que consagro todo el tiempo que me queda, después del tratamiento de los enfermos y el cumplimiento de las obligaciones, a la disquisición sobre la Psiquiatría comparada desde un punto de vista totalmente nuevo. Pero, hasta el momento, la falta de confianza en mis fuerzas, la modestia y la precaución me impedían cualquier promulgación de mi teoría. Hago ahora la primera prueba de informar al benevolente público sobre una parte de mis observaciones. Lo hago azuzado por el presentimiento de la inminente transición al reino mineraloquímico, cuyo principal inconveniente es la falta de conciencia. Entiendo que tengo la responsabilidad de afianzar mi conocimiento fuera de mí, por así decir, mediante un relato concienzudo para beneficio y comprensión de mis colegas de ciencia. Considero que no tengo derecho a permitir que mi pensamiento desaparezca sin dejar huella ante las nuevas combinaciones químicas y disoluciones que esperan a mis hemisferios cerebrales.

Al saber casualmente de su publicación decidí enviarle un fragmento de la introducción, precisamente porque es muy asequible. En él, en realidad, se encierra no la teoría, sino la historia de su génesis en mi cabeza. Junto a esto, no considero superfluo advertirle de que

yo soy todo menos un hombre de letras y, tras treinta años viviendo en una capital de provincia, alejado tanto del gobierno central como de la capital, he perdido la costumbre de exponer elocuentemente los pensamientos y no estoy familiarizado con el lenguaje de moda. No debe, sin embargo, perder de vista que mi objetivo no es en absoluto literario, sino patológico. Yo no quiero cautivar con mis composiciones, sino ser útil informando de una teoría extraordinariamente importante que hasta el momento ha escapado a la atención de los mejores médicos. Ahora, el más indigno de los discípulos de Hipócrates la ha desarrollado científicamente y la ha comprobado con sus observaciones.

Les dedico esta teoría a ustedes, a los médicos abnegados que sacrifican su tiempo en la triste ocupación de tratar y visitar a quienes padecen enfermedades mentales.

I

Nací en la aldea de un terrateniente a orillas del Oká. Mi padre era diácono. Cerca de nuestra casa vivía el sacristán, un hombre débil, pobre y cargado de hijos. Entre los ocho niños con los que Dios le había premiado había uno coetáneo mío; crecimos juntos, todos los días jugábamos en la huerta, en el cementerio o delante de nuestra casa.

Yo estaba muy unido a mi amigo; compartíamos todas las golosinas que me daban e incluso robaba a escondidas gachas y trozos de pastel, y se los daba a través de la sebe. A mi amigo todos le llamaban «Levka, el bizco»; él, desde luego, bizqueaba un poco. Cuanto más regreso a esos recuerdos, cuanto más cuidado pongo en escogerlos, con mayor claridad veo que el hijo del sacristán era un niño singular: a los seis años nadaba como un pez, trepaba a los árboles más altos, se alejaba de casa unas cuantas verstas él solito, no tenía miedo a nada, en el bosque estaba como en casa, conocía todos los caminos; y al mismo tiempo era extraordinariamente zoquete, distraído, e incluso estúpido. A los ocho años, nos pusieron a aprender a leer y escribir: yo, a los pocos meses, leía de corrido el salterio; pero Levka no llegó ni a silabear. El alfabeto revolucionó su vida. Su padre empleaba todos los medios posibles para desarrollar

sus facultades mentales: le dejaba hasta dos días sin comer, le azotaba de tal manera que las cicatrices eran visibles dos semanas después, le arrancaba la mitad del pelo, y le encerraba a oscuras en la despensa todo un día; todo era en vano, a Levka no se le daba bien leer ni escribir. Pero se familiarizó con el trato despiadado, se endureció y soportó todo lo que le hicieron con una especie de rabia contenida. Le salió caro: enflaqueció y su aspecto, de dulzura y despreocupación infantiles, pasó a expresar la fiereza de un animal asustado. No podía mirar a su padre sin sentir miedo y repugnancia. El sacristán aún peleó dos años con su hijo, y al final se convenció de que era tonto de nacimiento y le dio rienda suelta.

El Levka liberado empezó a desaparecer el día entero. Solo iba a casa a calentarse o a guarecerse del mal tiempo; se sentaba en un rincón y callaba, a veces farfullaba para sí palabras confusas, y solo tenía amistad con dos seres: conmigo y con su perrito. El animal en cuestión se lo había ganado a pulso. En una ocasión, estando Levka tumbado en la arena a la orilla del río, un niño campesino llevó un cachorro al que ató una piedra al cuello y, acercándose al acantilado, donde el río era más profundo, lo tiró. Al instante, Levka fue tras él; se zambulló y un minuto después apareció en la superficie con el cachorro. Desde entonces no se separaban.

Al cumplir los doce me mandaron al seminario. Estuve fuera de casa dos años, y al tercero volví para pasar las vacaciones con mi padre. Al día siguiente de mi llegada, por la mañana temprano, me puse mi guardapolvo nuevo de mala calidad y quise ir a visitar

lugares conocidos. En cuanto salí al patio, vi a Levka junto a la sebe, en el mismo sitio donde solía darle los pasteles; corrió hacia mí con tal alegría que se me saltaron las lágrimas. «Senka —dijo—, toda la noche estuve esperando a Senka. El peral ayer decía: “Llegó Senka”». Y se arrimaba a mí como un animal. Con cierto servilismo me miró a los ojos y me preguntó: «¿Tú no estás enfadado conmigo? Todos están enfadados con Levka, no te enfades, Senka, voy a llorar, no te enfades, cogí una ardilla para ti». Me lancé a abrazar a Levka; esto era tan nuevo, tan poco habitual para él, que simplemente comenzó a sollozar y, agarrando mi mano, la besaba; yo no podía retirarla de lo fuerte que la sujetaba. «Vayamos al bosque», le dije. «Vayamos lejos por los barrancos, lo pasaremos bien, muy bien», respondió él. Así que fuimos; me guió cuatro verstas por el bosque, subimos al monte y, de pronto, nos encontramos en un lugar abierto. Abajo corría el Oká, unas veinte verstas a la redonda se extendía una de las maravillosas vistas rurales de la Gran Rusia.

«Aquí se está bien —dijo Levka—, aquí se está bien». «¿Qué hay de bueno?», le pregunté, deseando ponerle a prueba. Me clavó una mirada insegura, la expresión de su rostro se tornó dolorosa, cabeceó y dijo: «Levka no sabe, ¡así está bien!». Me quise morir de vergüenza. Levka me acompañaba en todos los paseos; su devoción sin límites, su atención continua, me conmovían mucho. Su apego hacia mí era comprensible; yo era el único que le trataba con cariño. En su familia le despreciaban y se avergonzaban de él. Los niños campesinos también se burlaban de él, e incluso los hombres adultos le sometían a todo tipo

de ofensas y agravios, diciendo: «Al mentecato no hay que ofenderle, el mentecato es una criatura de Dios». Él, habitualmente, se movía por la parte trasera de la aldea. Cuando tenía que ir por las calles, solo los perros le trataban con humanidad. Al divisarle, de lejos, meneaban la cola, corrían a su encuentro, le saltaban al cuello, le lamían la cara, y le hacían mimos hasta tal punto que Levka, emocionado hasta las lágrimas, se sentaba en medio del camino y se pasaba las horas dando las gracias a sus amigos. Se entretenía con ellos hasta que algún muchacho campesino tiraba una piedra al azar, a ver si daba a un perro o al pobre chico; entonces, se levantaba y huía corriendo al bosque.

Para las fiestas del pueblo, mi padre, al ver que Levka solo llevaba andrajos, ordenó a mi madre que le cortara una camisa y se la diera a sus hermanas para que se la cosieran. El administrador, al enterarse, dio para él paño casero grueso para un caftán. Custodiaba la casa señorial un viejo lacayo, que había sido colocado allí no tanto por su capacidad para cuidar de nada como por su inclinación a la bebida. Ese lacayo era también matasanos y sastre. Se desconcertó mucho cuando recibió la orden del administrador de coserle un caftán a Levka. ¿Cómo se corta el caftán de tonto? Por más que pensaba, todos los caftanes que se le ocurrían eran corrientes; por eso decidió, a la desesperada, coserle un cuello rojo con los retales de una librea vieja. Levka estaba contentísimo con la camisa nueva, el caftán y el cuello rojo, aunque, a decir verdad, no había nada de qué alegrarse. Hasta entonces, los muchachos campesinos se habían contenido un poco, pero cuando vistieron a Levka con el uniforme de gala

de tonto, las persecuciones y las burlas se duplicaron. Solo las mujeres estaban de parte de Levka y le daban galletas, *kvass*² y *braga*³ y, a veces, le decían palabras afables. Sutilmente, las mujeres y las chicas, oprimidas por el poder patriarcal de maridos y padres, compadecían al inocente muchacho acosado. A mí Levka me daba mucha pena, pero ayudarlo era muy difícil; parecía que, humillándole, la buena gente se crecía en sus narices. Nadie cruzaba una palabra en serio con él; incluso mi padre, que por naturaleza no era mala persona, a pesar de que estaba lleno de prejuicios y despojado de toda benevolencia, era incapaz de dirigirse a Levka de otra manera, como si humillándole se elevara a sí mismo.

—Qué, Levka —le decía—, ¿quieres a alguien más que a ese perro apestoso?

—Sí —respondía—, a Senka le quiero más.

—Ya ves, ¡y parecía tonto! ¿A quién más quieres?

—A nadie —contestaba él inocentemente.

—Ah, tonto de nacimiento, ¡ja, ja, ja. ¿Acaso a la madre que te parió la quieres menos?

—Menos —contestaba Levka.

—¿Y a tu padre?

—No le quiero nada en absoluto.

—Ay, Señor, Dios mío, honrarás a tu padre y a tu madre, a los tuyos, y tú ¿qué? Si hasta los animales irracionales aman a sus padres, ¿cómo un ser creado a imagen y semejanza de Dios no los va a querer?

—¿Qué animales?

—Bueno, algunos: caballos, perros...

² Bebida alcohólica fermentada muy suave.

³ Especie de cerveza.

Levka cabeceaba: «Tal vez las crías, pero los grandes no. Quieren a quien les gusta; nuestra gata *Mashka* quiere a mi *Sharik*».

Y mi padre se reía a carcajadas que le salían del alma, añadiendo: «¡Bienaventurados los pobres de espíritu!».

Yo por entonces había terminado Retórica, y no es difícil comprender por qué se me ocurrió escribir: «Discurso sobre el trato impío que la gente dispensa a los tontos de nacimiento». Reflexionando sobre cómo disponer mi composición según todas las reglas de Quintiliano, observando todas las leyes del discurso, eché a andar por el camino, anduve y anduve y, sin darme cuenta, aparecí en el bosque. Me adentré en él tan despistado que no es raro que perdiera el camino. Lo busqué y lo busqué, pero me perdí aún más. De pronto, oí el ladrido familiar del perro de Levka. Fui hacia el lugar del que provenía y en seguida me encontré con *Sharik*. A unos quince pasos de él, detrás de un gran árbol, dormía Levka. Me acerqué sin hacer ruido y me detuve junto a él. ¡Con qué dulzura y tranquilidad dormía! A primera vista parecía feo: los lacios cabellos blancos de estropajo le caían de la cabeza de una forma extraña, el rostro pálido, con pestañas blancas y los ojos un poco bizcos. Nadie se había tomado nunca la molestia de mirar atentamente su rostro. Desde luego, no carecía enteramente de belleza, en particular ahora, mientras dormía. Sus mejillas habían enrojecido un poco y sus ojos bizcos no se veían; sus líneas expresaban tal paz de espíritu, tal tranquilidad, que resultaba envidiable. Allí, de pie ante este tonto durmiente, estaba atónito ante un pensamiento que me

perseguiría toda mi vida: ¿por qué la gente que le rodeaba suponía que era mejor que él? ¿Por qué se sentía con derecho a despreciar y acosar a este ser tranquilo, bueno, que nunca había hecho daño a nadie? Y una especie de voz misteriosa me susurraba: «porque el resto son chiflados, pero lo son a su modo y les molesta que Levka sea tonto a su manera, no a la de ellos».

Este extraño pensamiento brotó de mi cabeza hecho discurso y metáfora. Dejé al dormido Levka y me fui a vagar por el bosque con cierto dolor interior, dando vueltas y analizando la nueva idea. «En realidad —pensaba—, ¿en qué es Levka peor que los demás? ¿En que él no aporta ningún beneficio? Bueno, ¿y dónde está la utilidad de la existencia de las cincuenta generaciones que vivieron únicamente para que en este trocito de tierra sus hijos no murieran de hambre hoy y para que nadie supiera por y para qué vivían? ¿El placer de la vida? Ellos nunca lo saborearon, o al menos mucho menos que Levka. ¿Hijos? Hijos también los puede tener él, eso no tiene ciencia. ¿Porque Levka no trabaja? ¡Para qué preocuparse! Él no pide nada a nadie, y de todas formas está saciado. El trabajo no es una delicia, el que puede pasar sin trabajar, no trabaja; el resto de la aldea trabaja sin ningún beneficio, trabajan todo el día para comer un trozo de pan negro, y el pan lo comen para poder trabajar al día siguiente, a sabiendas de que nada de lo trabajado les pertenece. El terrateniente de aquí, Fiódor Grigoriévich, no hace nada, y recibe más beneficio que todos los demás; el beneficio no lo hace él, es como si se hiciera solo. Su vida, hasta donde yo sé, transcurre en un gran vacío, mayor que el de la vida de Levka, quien, si no hay otra

cosa que hacer, pasea, mientras que el otro está siempre enfadado. De qué se alimenta Levka, no lo sé, pero sé una cosa, que como no es tonto, coge fresas o setas; es muy fácil convencerle de que solo puede comer bayas sin madurar o *russulas*, y de que las bayas sabrosas y las setas blancas pertenecen, por ejemplo, al padre Vasili. Levka no está nunca en casa, no cumple ni con las obligaciones ciudadanas ni con las familiares, ni como hijo ni como hermano. Pero bueno, los que sí están en casa, ¿acaso las cumplen? Tiene siete hermanos y hermanas que viven en casa en un estado permanente de guerra entre ellos y con el sacristán. Aun así, la vida vacía es la suya. ¿De qué está vacía? Está compenetrado con la naturaleza; él, a su manera, comprende su belleza, en tanto que para otros la vida es un rito insulso, la misma estupidez no conduce a nada, una y otra vez».

Yo volvía continuamente a la idea esencial: el motivo de todas las persecuciones a Levka es que era tonto de una manera especial, y los otros eran completamente tontos sin más; y así como a los jugadores empedernidos no les gustan los no jugadores, ni a los borrachos los abstemios, ellos odiaban al pobre Levka. Sin embargo, no escribí la tesis. Para un estudiante del seminario como era yo resultaba difícil e incluso indecoroso escribir sobre tales cuestiones mundanas. Precisamente nos enseñaban a escribir sobre temas grandilocuentes, sobre el alma y el corazón elevados por la pena. Pasó el tiempo de vacaciones; ya era hora de volver al monasterio. Cuando mi padre enganchó nuestro caballo del color del tizón a la telega para llevarme, Levka se acercó otra vez a la sebe. Pero no la

traspasaba, y, habiéndose aproximado a la cerca, se secaba de vez en cuando las lágrimas con la manga de la camisa. Me daba mucha pena dejarle; le regalé todo tipo de chucherías, pero todas las miraba con tristeza. Cuando por fin me senté en la telega, Levka se acercó a mí tristemente, y con pena dijo: «Senka, adiós». Después me dio a *Sbarik* y dijo: «Toma, Senka, lleva a *Sbarik* contigo». No había nada más preciado para él, y me lo daba. A duras penas le convencí de que se quedara con *Sbarik*, de que sería mío pero viviría con él. Partimos. Levka se fue al bosque y salió corriendo hacia el cerro cerca del cual discurría el camino. Le vi y me puse a agitar el pañuelo. Se quedó parado en lo alto, apoyado en su palo.

El pensamiento sobre Levka, sobre su extraño desarrollo, no se me iba de la cabeza. Me impedía entregarme por completo a la lectura de los temas espirituales, y en lugar de aspirar a contemplaciones sublimes, me esforzaba en el estudio de los asuntos terrenales, a pesar de que sabía de la insignificancia de todo lo carnal y de la vanidad de todo lo físico.

Poco a poco creció en mí un deseo irresistible de estudiar Medicina. Cuando se lo mencioné por primera vez a mi padre, montó en cólera. «¡Ay, tú, despreciable mimado —me gritó—, como te agarre del pelo vas a saber quién soy yo, te enseñaré lo que es bueno! Tu abuelo y tu padre no eran peores que tú, y no abandonaron su ministerio, ¿y a ti qué se te ha ocurrido? En la vejez me veo obligado a vivir semejante vergüenza; esta es la alegría que me procura mi hijo, carne de mi carne. Es evidente que no solo el sacristán ha sido visitado por Dios; no en vano andas siempre con el tonto,